

Pedro L. Yúfera

NO DEJES QUE NADIE ROBE TUS SUEÑOS



EXCELLENCE
by *Angel's Fortune*
Edición

Pedro L. Yúfera

**No dejes que
nadie robe tus
sueños**



EXCELLENCE

by *Angels Fortune*
[Editions]



Las historias imprescindibles de *Angels Fortune*

Primera edición: febrero de 2024

© Copyright de la obra: Pedro L. Yúfera

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128153-2-0

Código ISBN digital: 978-84-128153-3-7

Depósito legal: B 2095-2024

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Foto de portada facilitada por la familia Durall y que consta en el Arxiu Històric del Poblenou

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Este libro está dedicado a todas aquellas personas a las que alguien les robó un sueño.

«Sin la magia de la ficción sería imposible recomponer un cuerpo partido, mitigar los dolores de la soledad, repartir unguento que alivia el ánimo y da consuelo en las sombras de la existencia. Si los contadores no existieran, habría que inventarlos».

*Paloma Sánchez–Garnica.
Las tres heridas.*

«Él se enamoró de sus flores y no de sus raíces, y en otoño no supo qué hacer».

*Antoine de Saint–Exupéry.
El principito.*

Barcelona, 1981

El recuerdo y el olvido libran su enésima batalla en la mente envuelta en brumas de la mujer que mira sin ver por la ventana. Permanece sentada en un viejo sillón hundido por el uso, acolchado con almohadas para evitar que los muelles dañen su frágil piel.

David y Carmela, la joven y rolliza cuidadora, entran en el comedor.

—¿Cómo estás, mamá? —pregunta David mientras deposita un beso en la frente de la anciana.

Ella lo mira ausente. Su cabeza apenas se vuelve hacia su interlocutor, su rostro no refleja emoción alguna. Vuelve a su posición y sigue el deambular del tráfico al otro lado de la ventana.

David acerca una silla y toma la mano de su madre. La observa con cariño y preocupación. Cada día está más delgada, más encorvada.

—¿Ha tomado sus pastillas? ¿Cómo ha pasado el día? —inquieta a la cuidadora que permanece de pie. Es una buena mujer que lleva varios años atendiendo a Gertrud. La viste, la lava, le da de comer y es su única compañía durante la semana.

Los tres hijos de la anciana, David, Fernando y Alicia, se turnan para visitarla los fines de semana. Todos viven fuera de Barcelona. El trabajo consume su tiempo y si bien llaman cada día para hablar con Carmela y tener el parte diario, no pueden o no se organizan para verla más. Confían en la joven, que siempre está alegre y trata con dulzura a la mujer. Las visitas son muchas veces

deprimentes, pues hay días que su madre ni tan siquiera les reconoce y ven como se consume poco a poco.

—Sí, se las ha tomado sin ningún problema. Lo que no quiere es caminar y rechaza la comida. ¿Verdad, señora Gertrud, que cada día es más mala y no me hace caso? ¿Que le digo que camine y no quiere? Yo me la quiero llevar a ver la escultura de ese toro que hay al final de Rambla Cataluña como hacíamos antes y nada, que no quiere salir de casa —dice dirigiéndose a la mujer, a la vez que le sonríe, acaricia su rostro y le acomoda la manta que tiene extendida sobre su regazo.

—Mamá, tienes que moverte. No es bueno estar todo el día aquí sentada —dice el hijo de la anciana.

—¿Da... David?

—Sí, mamá. Soy David.

La mujer se vuelve hacia su hijo y lo observa como si fuese un extraño.

—María y tus nietas te mandan muchos besos.

—¿Mis nietas?

—Sí, Cristina y Sandra, ¿te acuerdas de ellas?

—Mis nietas... sí. ¿Cómo están?

—Están muy bien y te envían muchos besos. La próxima semana intentarán pasar.

—Mis nietas...

Tras esas palabras, la mujer vuelve a perderse en la visión del tráfico, al otro lado de la ventana.

—Señora Gertrud, cuénteles lo que hizo ayer, que un poco más y me mata de un susto.

David mira interrogativo a su madre, pero ella no desvía su mirada de los coches. El hijo busca con la mirada a Carmela.

—Nunca se levanta sola. Si no le muevo yo, se quedaría siempre en este sillón. Pero ayer, mientras preparaba la comida, algo debió pasar por su cabeza. Fui a buscarla para llevarle la comida y no estaba. Me extrañó y me preocupé, pues podía caerse si andaba sola. Pensé que habría ido al baño, aunque siempre la llevo yo. No estaba allí. Fui a su cuarto y tampoco. Solo me quedaba un sitio por mirar que era el salón, y allí no vamos nunca, pues hacemos la vida en esta parte. Entré nerviosa y allí estaba: de pie, con la mano en el marco y mirando el cuadro. El que ustedes le regalaron por su último cumpleaños... Ese que es tan grande que no lo hemos podido colgar en la pared y que sigue en el suelo.

El cuadro. Cuando se lo regalaron el año anterior para su cumpleaños pareció indiferente, y eso que los tres hijos habían movido cielo y tierra para localizarlo. Nadie diría que es el retrato de aquella anciana a los dieciocho años. Joven, bella, misteriosa; piel blanca, largo y tupido cabello negro, ojos oscuros... Una joven que irradia una luz especial. Va ataviada con un vestido negro palabra de honor, que deja al descubierto la parte superior del pecho y los hombros. No lleva joyas ni adornos en el cuello. En la muñeca, que reposa sobre su cintura, luce varias pulseras. En la otra mano, un abanico sin abrir.

De repente, la anciana parece recuperar algo de lucidez, pero solo dice una palabra:

—Eduardo.

VIENA

1910 – 1914

1

Gertrud estaba tan contenta que se habría puesto a bailar por la calle, pese a la nieve. Por fin llegaba su padre. Hacía más de quince días que no lo veía pues, como otras veces, se había marchado a la fábrica de curtición que dirigía en Ujpest. Sin embargo, esta vez la espera se le hacía interminable. Tenía muchas cosas que contarle.

Las calles estaban intransitables. Aquel desapacible mes de enero de 1910 no había dejado de nevar y los vecinos apenas habían podido despejar los espacios próximos a sus edificios y amontonar la nieve en montañas blancas que pronto se ennegrecerían. Ella acababa de salir de la casa que el matrimonio Schwarzwald había recién adquirido en la calle Josefstädler. Allí, por petición expresa de su padre, se había entrevistado con Eugenie Schwarzwald, la mujer que estaba revolucionando la educación en Austria y consiguiendo una enseñanza igualitaria, que facilitaba el acceso de las mujeres a los estudios universitarios. La fundación de la escuela Schwarzwald había sido un éxito y ello la había animado a ampliarla a estudios de primaria y preescolar.

David Csonka, el padre de Gertrud, quería que su hija dejase de estar siempre sobreprotegida como pretendía Teresa Klein, su madre, pero no quería imponer su criterio. Esperaba que su hija, pese a su corta edad, diez años, pudiese valorar ella misma la oportunidad que se le ofrecía. Si a Gerty, como la llamaban en casa, le parecía una buena idea estudiar en aquella escuela, él ya convencería a su mujer.

Gerty aceptó encantada realizar dicha entrevista. Era una niña inquieta y curiosa, que no paraba de preguntar. Se interesaba

por cualquier cosa hasta dejar agotados a sus interlocutores y siempre se mostraba deseosa de aprender. A su madre ese dinamismo insaciable le preocupaba; a su padre le encantaba.

La niña había aprendido a hablar inglés con su institutriz, la señora Templeton, quien la instruía en varias materias y en buenos modales. El francés lo adquirió gracias a su padre, que había dirigido una empresa en Francia años antes, y si bien hablar en esa lengua entre ellos había empezado como un juego, se había convertido en su lengua de comunicación. Gerty empleaba el alemán para hablar con su madre y en la vida cotidiana; tenía conocimientos de magiar, pues la familia paterna procedía de Hungría, y con un vecino de origen sefardí, con el que jugaba en sus ratos libres, hablaba español.

Amaba la música. Recibía clases de piano diarias y deleitaba a su familia y a las visitas con interpretaciones que a veces improvisaba. Leía todo lo que caía en sus manos. La biblioteca de su padre ocupaba una gran estancia con libros del suelo al techo. Al principio, este le recomendaba obras para su edad, pero sus continuas ausencias, la sugestiva visión de volúmenes en varios idiomas y formatos y mucho tiempo libre permitieron a Gerty bucear entre todos aquellos libros y descubrir grandes clásicos. Algunos no los entendía. Ello no le arredraba, y leía y releía hasta agotarse. Si seguía sin entender, le preguntaba a la señora Templeton, que a menudo se escandalizaba e intentaba desviar su atención, algo que casi nunca conseguía.

David tenía una esperanza no confesada. Quería que alguno de sus hijos le sucediese en su empresa de curtidos y Gerty parecía la más idónea, pese a la dificultad que supondría que una mujer pudiese hacerse cargo de ello. Al principio había puesto sus ilusionadas expectativas en su hijo mayor, Theodor, pero él había

optado, pese a la oposición inicial de su familia, por la carrera militar. No le interesaba nada la curtición y se había enfrentado a su padre, cuando este lo llevó a la fábrica de Ujpest y Theodor manifestó una total repulsión por el tratamiento de las pieles y el desagradable olor de los productos que utilizaban para curtirlas. El padre insistió en que se acostumbraría, a lo que el joven replicó que ese era un negocio para bajas clases sociales. Había sido muy mimado por su madre y las discusiones con su progenitor eran continuas, por lo que cuando Theodor, después de una agria discusión, decidió ingresar a los dieciséis años en la academia militar como cadete, el padre lo aceptó como mal menor.

Carlos, el siguiente, pronto cumpliría trece años y tampoco estaba interesado en seguir los pasos de su padre. No estudiaba, maltrataba al servicio y mostraba aburrimiento cuando su padre le intentaba explicar el negocio. Teresa, la madre, le decía que no insistiese, que todavía era muy joven, que ya maduraría y que le dejase en paz. David accedía a regañadientes.

Por el contrario, Gerty era diferente a sus hermanos. No solo escuchaba las historias de su padre, sino que insistía en que le ilustrase todo lo posible sobre cómo se curtían las pieles y le hacía prometer que algún día la llevaría a visitar la fábrica. Esas conversaciones entre Gerty y su padre despertaban los celos de Carlos, quien le recriminaba su relación con su padre. Se reía de ella y, hasta que la niña aprendió a defenderse, la había hecho llorar en muchas ocasiones.

Todo cambió cuando un año antes, y sin su padre en Viena, Gerty fue de nuevo objeto de burlas por parte de su hermano y decidió ignorarlas. Ello acrecentó el enfado de Carlos, que le empezó a tirar del pelo y a empujarla hasta hacerla caer. En su caída, la niña rozó con su cabeza el borde de piedra de la chimenea

del salón y se abrió una brecha en la frente que empezó a sangrar. Su hermano, lejos de ayudarla, contempló la escena e incluso llegó a reírse al ver a su hermana en el suelo, a punto de llorar.

Pero esta vez sería diferente.

Sin pensarlo, Gerty tomó lo primero que encontró a mano, uno de los hierros con los que se movían los leños en el fuego, y lo dirigió contra su hermano. Él cruzó los brazos para defenderse, pero no pudo impedir que el atizador impactase contra el hueso. Un ruido sordo, cara de asombro, gritos de dolor y Carlos se dejó caer sobre un sofá, mientras se retorció y apretaba el brazo a su cuerpo. Gerty, asustada, se dirigió hacia su hermano, que no paraba de gemir y maldecir.

—¡Estás loca! —gritaba— ¡Estás loca!

En ese momento entró la señora Templeton, quien se había apresurado en llegar al salón al oír los gritos. La escena inducía a confusión. Carlos vociferaba improperios, mientras ponía cara de pánico al mirar a su hermana. Ella estaba de pie junto a él, con las manos y la camisa manchadas con su propia sangre y con el utensilio de hierro en la mano. La institutriz emitió un gemido, mientras se llevaba la mano a la boca. No miraba a Gerty, sino al hierro que portaba en su mano. La niña lo dejó caer y se retiró corriendo por las escaleras que conducían a su habitación, mientras la institutriz pedía ayuda al servicio y se acercaba al quejoso Carlos.

El doctor Hartman, médico de la familia, acudió presto al ser avisado. El golpe dejaría dolorido a Carlos durante un tiempo, pero no parecía que hubiese ningún hueso roto. A pesar de ello, optó por inmovilizarle el brazo y le aconsejó que no hiciese esfuerzos durante un tiempo.

Ese día, Carlos fue el centro de atención, mientras que Gerty fue castigada sin poder salir de su habitación. La sangre de la frente había dejado de manar y ella misma se había lavado con agua. El doctor Hartman acudió a verla después de haber atendido a Carlos y consideró que tendría que cerrar esa herida, pero Gerty se negó de forma obstinada y el galeno no insistió, pues la madre le exigió que la dejase y le diese algo a su hijo para aliviarle el dolor. Una pequeña cicatriz marcaría su frente para siempre.

Teresa Klein creyó a Carlos, cuando le dijo que su hermana le había atacado sin motivo alguno, y ello se lo reafirmó la señora Templeton, cuando le describió la escena que había visto. La madre ignoró las explicaciones de su hija y no le dio importancia a la herida en la frente, ya que Carlos la había convencido de que él actuó en legítima defensa y que ella misma se la había hecho al resbalar. Ahora no estaba su padre para defenderla. Teresa estaba convencida de que había perdido a su hijo Theodor por la intransigencia de su marido y ahora no quería perder a Carlos. Gerty era la niña mimada de su padre. Cuando ella estaba presente, David no le hacía caso y su esposa siempre se quejaba de ello. Su marido insinuó un día que no entendía que pudiera estar celosa de su hija, lo que hizo que Teresa abandonase enfadada la habitación.

La contratación de la institutriz también generó discusiones. Si bien ambos padres estaban de acuerdo en que era necesario, la madre abogaba por una preceptora de habla alemana, a ser posible austriaca y de buena cuna, mientras que el marido apostaba por alguien de fuera, inglesa o francesa, que abriese el horizonte del pensamiento de su hija. La mayoría de edad de la hija de uno de sus vecinos, los Schuman, liberó a su institutriz inglesa, una mujer delgada, tiesa como un palo, de cabello castaño

siempre recogido y marcadas facciones. Las buenas referencias con las que contaba esa mujer, su carácter estricto y su cultura, solventaron el problema y fue la candidata elegida. Al poco de ser contratada, la mujer se quejó de la continua rebeldía de la niña, que no se plegaba con facilidad a su disciplina y que no se limitaba a leer los libros que ella le aconsejaba. Si bien la madre se convirtió pronto en su aliada, la mujer precisó que sería necesario que fuera el padre quien se lo ordenase a su hija, sobre todo porque era este quien fomentaba esa lectura indiscriminada.

Acompañada de Teresa, se entrevistó con el padre en su estudio, donde David leía muy interesado el editorial de aquel día de Moriz Benedikt en el *Neue Freie Presse*, sobre la llegada masiva de judíos procedentes de Galitzia y los problemas que ello originaba, así como acerca de las soluciones que se debían buscar al respecto para evitar que la situación se agravase. Levantó la vista del diario y escuchó las peticiones de la institutriz. Su respuesta fue fría y escueta: las puertas de su biblioteca siempre estarían abiertas para su hija y nadie limitaría lo que ella quisiera leer. Y le advirtió a la mujer que esperaba una actitud más abierta por su parte, ya que de lo contrario se tendría que buscar una nueva casa. La mujer bajó la cabeza y se retiró, pidiendo disculpas por su atrevimiento.

Eso originó que su mujer estallase. No entendía cómo podía ser tan liberal con la lectura de su hija y le permitía leer a autores tan poco recomendables como Baudelaire, Flaubert, Victor Hugo, Oscar Wilde o Bernard Shaw. Esas lecturas pecaminosas no podían ser beneficiosas para su hija y le estaban llenando la cabeza de pájaros. David soltó un bufido y continuó con su lectura, lo que exasperó más a Teresa, quien abandonó el despacho de forma airada.

El castigo de la madre duró tres días y no se levantó hasta que su marido regresó de uno de sus viajes. Este no disimuló su enfado por la decisión adoptada por la madre de dejar encerrada a su hija hasta que él llegó. Durante ese tiempo, Gerty había recibido la comida en una bandeja y solo pudo leer a escondidas los libros que ella guardaba ocultos en uno de los armarios, entre su ropa. Una de las criadas los había visto, pero nada dijo, pues consideraba que era una crueldad la pena impuesta e imaginó que aquellos volúmenes, que ella nunca podría leer, darían un poco de alegría a la niña.

David entró en la habitación sin llamar y encontró a su hija sentada sobre la cama. En su regazo reposaban los poemas de Hofmannsthal. Ella se abalanzó sobre su padre y lo abrazó con tal intensidad, que este tuvo que tragar para que no se le escapase una lágrima. La privación de libertad para una niña era una crueldad innecesaria. Acarició su frondoso pelo negro y sus mejillas, y la abrazó con ternura. Le pidió que se calzase y juntos salieron de la habitación.

Fuera estaba la madre, quien miraba con desaprobación el levantamiento del castigo. David fue hacia el salón con su hija y reclamó la presencia de Carlos. Puso a ambos hermanos uno frente a otro y habló:

—Escuchadme bien los dos: me da exactamente lo mismo quién fuera el culpable de vuestro altercado del otro día. Carlos, tú te llevaste una contusión en el brazo y te pasarás más de una semana inmovilizado, eso ya es suficiente castigo —le dijo mirándolo con dureza—. Y tú, señorita —se volvió hacia Gerty—, creo que ya has tenido bastante penitencia con ese encierro en tu habitación. Los dos habéis pagado por vuestra mala cabeza cuando os peleasteis y ya no quiero volver a hablar del tema, ¿queda claro?

Carlos asintió de mala gana y la niña miraba a su padre con una expresión de admiración pintada en su rostro.

—Ahora os daréis un abrazo y haréis el favor de comportaros como hermanos, no como contrincantes.

Ambos se observaron. Carlos, malhumorado, consideraba que él había perdido más en ese conflicto y Gerty mantenía la esperanza de que todo volviese a la normalidad. La niña se acercó e intentó abrazar a su hermano. Él se apartó, pero el vozarrón de su padre, que se limitó a pronunciar su nombre, le hizo frenar y aceptó el abrazo fraterno, al que apenas correspondió, con la excusa del brazo en cabestrillo.

Teresa miró indignada la escena y salió detrás de Carlos, que abandonó el salón después de ese amago de abrazo y con una lágrima resbalando por su mejilla, que no quiso que nadie viera. Los hombres no lloraban. Su madre lo acompañó hasta el jardín y le dijo que no se preocupase, que pronto recuperaría la movilidad del brazo, y le aseguró que tenía una sorpresa para él. Se la mostraría al día siguiente.

Gerty permaneció en el salón con su padre. Olvidó lo anterior y se interesó por su viaje a Ujpest y por la fábrica, y le contó todo lo que había leído esos días.

—Mi pequeña Gerty, ya veo que, a pesar de tu encierro, no has parado de hacer trabajar esa cabecita tuya... Te gusta mucho aprender, ¿verdad? Los libros, las historias, las aventuras...

—Sí, padre, sí —exclamó con una sonrisa—, nada me hace más feliz que aprender cosas nuevas, viajar con mi imaginación, vivir aventuras, conocer otros países...

—Ay, criatura, ojalá tus hermanos fueran como tú. Y, dime, ¿no te gustaría estudiar fuera de casa? —Gerty asentía con la cabeza, la mirada brillante—. Mira, te voy a hablar de una mujer.

Se llama Eugenie Schwarzwald y es una persona de una inmensa cultura, además de pedagoga.

—¿Pedagoga?

—Sí, Gerty, pedagoga. Una persona que ha dedicado su vida a reflexionar sobre la educación y cuya aspiración es que las mujeres se igualen a los hombres en cuanto al acceso a la cultura y la formación. ¿No te gustaría estudiar con ella, Gerty? Aunque, como puedes imaginar, eso implica comprometerse a estudiar mucho y a soportar mucha presión. Sin embargo, el esfuerzo vale la pena. Siempre vale la pena, hija —dijo David, mientras alborotaba el pelo de su hija, que sonreía, feliz y relajada.

Eugenie Schwarzwald era directora de la Escuela Secundaria para Niñas y su objetivo era trabajar en una educación secundaria para niñas, equiparable a la que recibían los niños. Buscaba motivar a sus alumnas y potenciar sus cualidades intelectuales y creativas al máximo. Estudiar en su escuela era formarse con rigor y con la mente abierta para el futuro que habría de venir. Y eso era lo que le proponía David a su hija: una entrevista con la señora Schwarzwald, para valorar la posibilidad de que pudiera estudiar en su escuela.

Gerty no dudó en afirmar que eso era lo que más deseaba y su padre se comprometió a organizar esa entrevista, que tardó en conseguir, debido a las múltiples actividades de aquella famosa pedagoga.

El incidente entre ambos hermanos sirvió para que Carlos se abstuviese de volver a molestar a su hermana. Por otra parte, la sorpresa que le había prometido su madre al chico casi compensó el daño. Teresa y su hijo tomaron al día siguiente el nuevo tranvía

eléctrico, que había sustituido hacía escasos meses al tranvía arrastrado por caballos para ir desde el centro de Viena a Dornbach. Desde la estación, donde tenía la parada, anduvieron un escaso tramo hasta llegar a la finca que tenía la familia en dicha localidad. El mozo que se encargaba de cuidar los tres caballos de tiro que tenían para trabajar el campo les recibió en la puerta y los acompañó al establo. Allí la madre le mostró a Carlos el caballo que le había comprado. Era un magnífico pura sangre de color negro y brillante, que soltaron en el prado cercado para verlo galopar. Cuando se recuperase, Carlos podría montarlo. Era suyo. Le llamaría *Grani*, como el caballo legendario del mitológico héroe Sigfrido.

2

Pasaron los meses y por fin Gerty pudo conocer a Eugenie Schwarzwald. Esta le habló de las clases que se impartían en su escuela para mujeres. Allí las preparaban para la universidad en iguales condiciones que en otras escuelas se instruía a los hombres y con prácticas más innovadoras. Pintores, arquitectos y escritores acudían a las clases para dar charlas, que abrían las mentes y los espíritus de las jóvenes. Eugenie se quedó maravillada de la cultura que evidenciaba aquella niña, cuando se refería a los intelectuales que impartían las clases. Había oído hablar de todos, y la directora descubrió que no eran comentarios soltados al azar, que realmente sabía quiénes eran. La pedagoga se interesó por saber cómo había alcanzado esos conocimientos que no eran propios de su edad y fue entonces cuando Gerty comprendió que no debía desaprovechar aquella oportunidad. Comentó, de forma inocente, que muchas veces leía los diarios que su padre dejaba en su estudio y soltó lo que maquinaba desde que supo que su institutriz no la dejaría sola con la señora Schwarzwald: se lo debía a la señora Templeton, que dirigía sus lecturas y la ilustraba.

La cara de la institutriz mostró una repentina sorpresa, que supo controlar en cuanto la señora Schwarzwald la miró con complacencia y un balanceo de su cabeza en señal de aprobación completó la imagen. La preceptora no entendía por qué Gerty había dicho lo anterior. Llevaba más de un año con ella y había momentos en los que se preguntaba si no era mejor abandonar. Aquella niña apenas hacía caso de lo que le decía. Sabía que poco a

poco algunas de sus enseñanzas calaban en la joven, pero a veces era insufrible y las discusiones sobre lo que podía o no podía leer eran interminables. La lectura de los diarios era un caballo de batalla y las continuas preguntas que se le ocurrían tras hacerlo la exasperaban, y muchas veces las dejaba sin contestar, porque no sabía qué responder. Cuestiones sobre política, antisemitismo o escándalos no eran apropiadas para una niña y ella no consideraba que se lo tuviese que explicar.

Ahora ella salía ensalzada por las palabras de Gerty, y nada más y nada menos que delante de la señora Schwarzwald. Quizá debiera reconsiderar su actitud y ser más condescendiente y comprensiva. Además, fue consciente de que las opiniones de Gerty sobre arte y literatura no eran propias de una niña y que quizá estuviera ante una personita realmente especial.

Gerty departió con la profesora un buen rato y al final no tuvo duda alguna. Estudiaría en su prestigiosa escuela. La señora Schwarzwald le explicó a la señora Templeton qué trámites tendrían que hacer los padres para matricular a su hija en la escuela y, al marcharse, la tomó cariñosamente por el brazo y le manifestó que Austria necesitaba mujeres como ella, que valorasen la enseñanza de las cosas importantes para las mujeres, y no simples normas de cortesía para buscar un buen marido. La cara de la institutriz adquirió un ligero color arrebolado, que de alguna forma pudo controlar. La pedagoga se despidió de la niña con un abrazo y le aseguró que la esperaba el próximo año en su escuela.

Al bajar las escaleras, Gerty saltaba los peldaños despreocupada y alegre y apenas miró a su institutriz, que meditaba sobre la situación vivida. «Es más lista de lo que cree su

familia, creo que tengo que cambiar y dejarle más libertad... Será bueno para las dos», pensó.

Por su parte, Gerty solo quería llegar a su casa para decirle a su padre que sería admitida en la prestigiosa escuela de la señora Schwarzwald. La ilusión le desbordaba.

Marian les abrió la puerta. Gerty, impaciente, tuvo que quitarse los botines para entrar y no mojar la madera del suelo del vestíbulo. El trayecto no había sido largo, ya que vivían en Reichstratsstrasse, una de las zonas más selectas, junto al Parlamento, el Ayuntamiento, la universidad y el teatro Burgtheater.

El padre la recibió con un abrazo y le pidió tranquilidad para escuchar todo lo que ella le quería contar. Sonreía complacido bajo la atenta mirada de la madre, que intentaba sentirse partícipe de aquella euforia. La explosión de júbilo de Gerty no duró demasiado, pues Teresa les recordó que aquel día tenían visitas.

—Tienes que ir a cambiarte. Por si se te ha olvidado, recuerda que mañana es el Bar Mitzvah de Carlos y hoy vienen a casa tu hermano Theodor y los tíos y sobrinos para comer en familia.

La verdad era que Gerty lo había olvidado. El lunes habían celebrado el aniversario de Carlos. Ya había cumplido trece años y el Sabbath iban a ir a la sinagoga para la ceremonia. Teresa quería que fuese una jornada muy especial. La tía Gertrud, que venía de Budapest, se quedaría a dormir, y al día siguiente asistirían juntos a la ceremonia religiosa y luego darían una pequeña fiesta en casa para celebrar el reconocimiento de Carlos como adulto a los ojos de la comunidad.

Gerty quería continuar con sus explicaciones. Hacía mucho que no veía a su padre. Sin embargo, la mirada de su progenitor la convenció de que no era el momento y subió a su habitación para cumplir con lo previsto.

Se vistió, ayudada por Marian, con un vestido blanco con cuello y mangas largas y una faja rosa que le cubría por debajo del busto, como para acentuar algo que todavía no tenía. Unas medias de lana y unos zapatos bajos completaban su vestimenta. Se recogió el largo cabello con una diadema, se miró en el espejo y bajó para enfrentarse a una velada que no le apetecía demasiado, puesto que todo serían lisonjas para su hermano Carlos, quien, desde el incidente del brazo, mantenía una actitud de confrontación continua. Ella había intentado olvidarse de lo ocurrido e intentado ser amable. Él prefería ignorarla, cuando no menospreciar su ansia de saber llamándola marisabidilla, asegurándole que nadie se casaría con ella y tachándola de insoportable.

Carlos estudiaba en el Gymnasium Wasagase, en Alsergrund, y su comportamiento no era el esperado. El director de la escuela había citado más de una vez a los padres para indicarles que tenían que intervenir si no querían que el joven se malograra. Era perezoso con los estudios y tenía un carácter agresivo y muy influenciado. Les avisó de que, pese a las advertencias del profesorado, su hijo había optado por no escucharlos y se había convertido en seguidor incondicional de Klaus Henne, un joven pendenciero, tres años mayor que él, que lideraba a un grupo de alumnos de todas las edades, que se dedicaban a molestar a otros estudiantes de menor edad o a solicitar pagos o favores a cambio de no soportar injurias. La escuela no se atrevía a expulsar a Henne, porque su padre era uno

de los políticos más influyentes del Partido Socialcristiano, una formación antisemita que crecía exponencialmente y que en ese momento ostentaba la alcaldía de Viena. Su hijo, Klaus, aceptaba en su grupo de jóvenes malhechores a cualquier muchacho, independientemente de su confesión religiosa, siempre que le profesara fidelidad y obediencia. Muchos de los profesores se preguntaban por qué Henne había enviado a su hijo a una escuela en la que el setenta por ciento de los alumnos eran hijos de ricos judíos burgueses, y se conformaban con pensar que era por el indiscutible prestigio del centro. Expulsar a ese alumno tan conflictivo podía ser un problema, dado que el padre, diputado en el Reichsrat, mostraba una postura cada vez más intransigente contra los judíos.

Los sermones y advertencias de sus padres a Carlos caían en saco roto. Su hijo alegaba que todo aquello era mentira, que Henne era su amigo y que no hacían nada incorrecto. Además, las clases eran tediosas y los profesores, gente amargada e inmovilista, que no entendía que el mundo estaba cambiando. El padre le amenazó con ponerlo a trabajar, pero Teresa siempre intercedía por su hijo y le convencía, o creía convencerle, de que ya maduraría.

Pronto empezaron a llegar los invitados. Los hermanos de Teresa: Luis con su mujer, Monika, y Heidi con Franz, su marido. Los acompañaban los cuatro hijos, dos por pareja: Isaías y Miqueas, de veintidós y veinte años; Abdías y Rachel, de diecisiete y doce años, y también apareció la hermana de David, Gertrud, soltera y referente para su hermano por su siempre animado carácter y valentía. Muy joven, se había enfrentado a sus padres y había

abandonado el hogar familiar para irse a vivir a Győr. Con los años se habían reconciliado y ahora incluso había vuelto a Budapest para cuidar a sus padres, de avanzada edad y precaria salud. Los abuelos paternos no habían podido venir al Bar Mitzvah de su nieto, pero le regalaron un precioso *talit gadol* de lana, un manto religioso y sagrado que le entregó la tía Gertrud, con mucha solemnidad, para que se lo pusiese en la ceremonia y lo llevara con él toda su vida. Los padres de Teresa, ricos industriales, habían fallecido de cólera en 1892, una enfermedad que contrajeron en un desafortunado viaje a Berlín, que tenía que haber sido de descanso.

El hermano mayor de Teresa, Luis, de elevada estatura y oronda barriga, nariz de considerables proporciones, frondosa cabellera y barba oscura, era el prototipo de patriarca familiar. Como abogado, se había ganado un importante prestigio y en ocasiones era llamado a la Corte para consultas que afectaban al emperador Francisco José. Cuando fallecieron sus padres, Luis asumió el papel que consideró que le correspondía y gestionó con acierto el patrimonio familiar. A Teresa le cedió la finca de Dornbach con todas sus tierras y soportó el coste de todos los empleados que la atendían, hasta que su hermana contrajo matrimonio con David, un empresario respetado que disponía de ingresos más que fluidos. A su otra hermana, Heidi, que vivía con su marido, el doctor Franz Schiller, le cedió unas tierras de la familia en la localidad austriaca de Bregenz, cerca de la frontera suiza, y le compensó con una importante suma que le permitiría tener su propio dinero al margen de lo que ganase su marido. El resto del patrimonio heredado, importante y sustancioso, se lo apropió él y nadie se lo discutió.

Su esposa Monika, una mujer menuda y elegante, era el complemento ideal para su esposo. Preocupada en todo momento de la organización de eventos o reuniones que ayudasen a catapultar a su marido, procedía de una familia sefardí de comerciantes de Estambul y había conocido a Luis en uno de los viajes que realizaba con sus padres a Viena para asistir a la ópera y a otros conciertos.

Isaías era abogado y trabajaba con su padre, y Miqueas acabaría pronto los estudios y se incorporaría al bufete. Eran el orgullo de su familia, aunque a veces el mayor se enfrentaba a su padre por motivos políticos.

El doctor Franz era un médico muy reconocido que trabajaba en el hospital general de Viena y tenía también consulta privada. Al contrario que su cuñado, era de facciones claras, delgado, de estatura media y con un frondoso bigote que destacaba en su rostro. Heidi, su esposa y hermana de Teresa, era corpulenta como Luis. Su matrimonio también fue concertado. Franz era un digno sucesor de una estirpe de médicos judíos residentes en Viena desde hacía más de tres generaciones. Abdías, su hijo mayor, rompía la tradición y quería ser periodista. Rachel no había mostrado ninguna inclinación intelectual y se limitaba a acudir a la escuela y cumplir con lo que se le exigía.

Teresa había organizado ese encuentro previo con la familia con mucha ilusión. Almorzarían juntos y al día siguiente acompañarían a Carlos a la sinagoga Stadttlempel de la Seitenstettgase, donde el rabino Moritz Güdemann oficiaría. Se suponía que el chico debía haber acudido periódicamente a la sinagoga para preparar con el rabino las lecturas que leería durante la ceremonia. El muchacho fue ilusionado al principio, pero el aprendizaje de las palabras hebraicas que tenía casi que

memorizar de la Torá se le hacía insufrible y algunos comentarios despectivos de Klaus Henne, no dirigidos a él, sino sobre la estupidez de aquella ceremonia, le hicieron dejar de acudir a la sinagoga. El rabino quiso anular el acto ceremonial. No tenía ningún sentido si el muchacho no estaba convencido. La insistencia de Teresa, que no quería ser objeto de las habladurías, y el argumento irrefutable de que era normal que el joven dudase en aquella malhadada época en la que los judíos eran nuevamente cuestionados, hizo claudicar al rabino. Promesas de compensaciones y regalos por parte de los familiares y amigos que asistirían a la fiesta que se celebraría tras la ceremonia, convencieron a Carlos de que tenía que realizar un esfuerzo y aceptó aprender lo imprescindible para salir airoso de aquel evento. En la escuela no lo habló con su pandilla, pues seguro que le generaría problemas, y confió en que nadie se percatase de que los trece años marcaban un hito en las costumbres judías.

En aquellos momentos todo aquello parecía olvidado y Carlos mostraba el típico nerviosismo de quien es el protagonista de la jornada. Invitados y amigos estaban entretenidos en animadas conversaciones, cuando Marian entró para comunicar a Teresa que Theodor había llegado.

La madre se levantó presurosa para recibir a su hijo, al que hacía meses que no veía. Theodor prefirió esperar a Teresa en la entrada de la casa. No sabía por qué, pero se sentía extraño. Vestido con su uniforme azul de cadete, con sus chorreras, cuello y puños rojos, gorro azul con penacho negro y escudo en el frontal, impresionaba gratamente. A sus veinte años, su aspecto era el de un joven apuesto, que aparentaba más años de los que en realidad tenía. La madre admiró la prestancia de su hijo y lo abrazó con cariño y alguna lágrima.

Cuando el padre aceptó que los deseos de su hijo de entrar en el ejército eran inamovibles, movió sus hilos y pidió la ayuda a su cuñado Luis, que tenía sólidos contactos. Consiguió que Franz Conrad Von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor General del Ejército, avalase la candidatura del joven, lo que permitió que ingresase en la prestigiosa Academia Militar Teresiana en Wiener Neustadt, donde lo formarían como cadete para llegar a ser oficial. Su condición de judío hubiera complicado su entrada en la Academia, pero el aval abrió todas las puertas.

—Ven. Entremos. Todos han preguntado por ti.

—¿Y padre?

—No te preocupes. También tiene ganas de verte.

Juntos se dirigieron hacia el salón. Antes de entrar, Theodor se quitó la gorra, dejando al descubierto su rapado pelo rubio, que contrastaba con sus ojos azules. Entraron y todos se giraron hacia el recién llegado. Hubo sonrisas y exclamaciones de alegría. Gerty corrió hacia su hermano para abrazarlo y decirle que lo había echado mucho de menos. Hasta que se marchó, siempre había sido su confidente, su amigo, el hermano con quien compartía sus inquietudes. El joven sonreía ante la actitud de Gerty e intentaba deshacerse de la sujeción de su hermana para dar manos, besos y abrazos a su hermano, primos y tíos. Su padre permaneció estático al otro lado de la sala. Contempló a su hijo, quien, después de cumplir con todos, se dirigió hacia él. El joven alargó la mano a modo de saludo y de su boca salió una única palabra:

—Padre.

David miró la mano, la cogió un segundo, estiró hacia él y se fundió en un abrazo con su hijo.

—Bienvenido —respondió.

El incómodo silencio de los segundos que duró ese encuentro se desvaneció y pronto volvieron la algarada y las conversaciones. En la cara de Carlos se dibujó un rictus. Había dejado de ser el protagonista. Ahora lo era su hermano Theodor, el hijo pródigo que regresaba a casa. Todos querían saber lo que comía en la Academia, los ejercicios que hacía, los nombres de los hijos de nobles que frecuentaba... Su presencia había hecho invisible a Carlos a los ojos de los demás.

Pasaron al comedor. La mesa estaba ya dispuesta con todo lujo de detalles y dos camareras esperaban de pie al final de la estancia. Los invitados se acomodaron siguiendo las instrucciones de la anfitriona y pronto estuvieron todos sentados. En la cabecera estaba David, flanqueado por su esposa y por su cuñada Heidi; luego seguía el resto de los comensales por edad. En la otra cabecera estaba Carlos, en lugar preferente, y a su lado Gerty y su prima Rachel. El chico tomó esa deferencia como un insulto, pues él quería estar cerca de sus primos mayores, no de su insufrible hermana y su aburrida prima.

La madre contemplaba preocupada la cara de enfado de su hijo e intentó hablarle desde el otro lado de la mesa. Aquello incomodó más a Carlos, pues ese intento de conversar silenciaba las conversaciones y todas las caras se volvían hacia él. Eso le ponía más nervioso y le hacía tartamudear en sus respuestas, lo que originó risas en su prima Rachel, que se extendieron por la mesa. Carlos, abochornado, se limitó a callar y a volcar su mirada en el plato de comida. Poco a poco cesaron las risas y las conversaciones cruzadas se reanudaron.

Al principio hablaron de trivialidades y de conocidos comunes, pero Luis no podía dejar de lado su inquina hacia el alcalde de Viena, Karl Lueger, y su antisemitismo propagandístico,

del que parecía olvidarse, cuando precisaba de periodistas, banqueros y empresarios judíos para que le ayudasen en el mantenimiento de la alcaldía. Lo cierto era que desde hacía tiempo se venía llevando a cabo una política de expulsión de los judíos de distintos ámbitos de la vida municipal, tanto de cargos políticos como de empleos públicos.

—¿Preferirías a alguno de los locos partidarios de Schönerer? —manifestó Franz, haciendo referencia al líder pangermanista que había abandonado la política en 1907, pero que seguía influyendo en jóvenes nacionalistas violentos—. ¿O a los de Victor Adler y sus ideas socialistas y proalemanas?

—¿Hay que elegir? —respondió Luis—. Tendríamos que recuperar los gobiernos liberales que hicieron crecer a Viena y al Imperio. No puede ser que nuestro emperador sea siempre cuestionado.

—Habría que hacer caso de las ideas de Theodor Herzl y pensar en que los judíos necesitamos una patria propia, donde no seamos siempre objeto de persecución —se atrevió a apuntar Isaías, el hijo mayor de Luis. Sabía que ese tema enfurecía a su padre, pero imaginó que allí, en aquella comida, podría hablar con libertad.

—Ya estamos otra vez. Tú y los iluminados seguidores de ese periodista. Se fue a la tumba con esas ideas peregrinas y no entiendo cómo hay gente que todavía se las cree. Los judíos no somos especiales. Tenemos una religión, como los cristianos o los musulmanes, pero somos austriacos, alemanes, rusos o franceses. Nadie me puede obligar a que renuncie a mi ciudadanía austriaca. Ni esos que gritan que nos debemos integrar en Alemania, cuando hasta hace unos años ese país ni existía; ni esos que abogan por que nos vayamos a no sé dónde buscando un paraíso que no existe.

Faltaría más. Estoy harto de este tema —clamó Luis, elevando tanto la voz que los demás enmudecieron.

Era la eterna discusión de esos días en la comunidad judía. Los que se sentían integrados en la monarquía de los Habsburgo, sin que debiera tenerse en cuenta su religión, y los sionistas, partidarios de buscar una patria común, donde se concentrasen todos los judíos de cualquier procedencia. Todo aquello se había agravado con la falta de integración de los judíos procedentes del Este. Huían de la miseria y de las persecuciones, de los saqueos e incluso de las matanzas en Rusia, sobre todo a partir de 1881. La población judía había aumentado sin control en Viena en los últimos años y los nuevos habitantes, la mayoría de ascendencia asquenazí, invadían los barrios, mantenían su cultura jasídica, su vestimenta y su alemán teñido de yiddish. El barrio más afectado era Leopoldstadt. Para muchos no era un problema de religión, sino de ricos y pobres. Y no solo los antisemitas miraban a esos extranjeros con desprecio, sino que incluso lo hacían los propios judíos asimilados, que no entendían esa contumacia en mantenerse aislados.

Y esa discusión exasperaba a Luis y lo enfrentaba a su hijo, que acudía a diario a locales, donde organizaciones humanitarias ayudaban a los recién llegados. «La ayuda estaba bien, pero la ideología que enmascaraba no llevaría a buen puerto», pensaba su progenitor.

—No entiendo que ni siquiera quieran hablar alemán y estén anclados en la Edad Media...

—A lo mejor es porque gente como tú no hace nada para conseguir que se integren y dejáis que unos racistas los insulten.

—No somos nosotros quienes les atacamos...

Monika, harta de esas discusiones que alteraban la paz familiar y sabedora de las posturas intransigentes que defendía cada uno, impidió que continuasen.

—Por favor, Isaías. Por favor, Luis. Ahora no es el momento. Estamos en una celebración. Hoy es el día de Carlos, no lo estropeemos.

Ambos se miraron con rostro contenido. La madre tenía razón y renunciaron a seguir discutiendo. El resto de la familia contempló atónita la escena. Nunca los habían visto polemizar, y menos por un tema tan sensible en los últimos tiempos.

Carlos se sintió mal. La última semana había acudido con Klaus Henne y su grupo a molestar a uno de los buhoneros judíos que intentaba vender su mercancía cerca del colegio. Se habían burlado de él, lo habían insultado y repitieron hasta la saciedad «*Hep hep*», el grito que empleaban los perpetradores de masacres de judíos asquenazíes a principios de siglo y que se atribuía al tradicional grito de los pastores alemanes para conducir al ganado, grito que se había convertido en una forma de degradar a los que eran objeto de escarnio. El viejo vendedor ambulante sabía que nada podía hacer y había preferido retirarse. A pesar de ello, los jóvenes no estaban dispuestos a dejar escapar a su víctima y le tiraron al suelo la cesta que llevaba a su espalda. Jabón, tirantes, pieles de conejo y trozos de tela de distintos colores se desperdigaron por el suelo, mientras los muchachos reían y seguían con su despectivo griterío, hasta que decidieron abandonar. Carlos había participado y se había sentido poderoso abusando de un pobre hombre, sin preocuparse de que los insultos menospreciaban una religión que él mismo profesaba. Ahora no estaba tan seguro de sus actos al escuchar a su idolatrado primo Isaías.

Al día siguiente, los familiares fueron llegando en sus coches de motor o de caballos a la sinagoga de Seitenstettengasse. La familia Csonka al completo los esperaba en el exterior. El templo quedaba disimulado entre un bloque de viviendas de cinco pisos y para acceder a ella había que cruzar el edificio, dado que la autorización para su construcción fue concedida en una época en la que, por un decreto imperial de José II, solo se permitía a los católicos construir lugares de culto cuyas fachadas dieran directamente a la vía pública. Los judíos ya estuvieron satisfechos con que se les permitiese su construcción.

David consideraba que la religión era una necesidad para muchas personas que deseaban sentir esa comunión con Dios, pero no estaba convencido de que el judaísmo fuese la única opción. Para él lo verdaderamente importante era la empresa, sus trabajadores, dar a cada uno lo que consideraba justo y dejar que las plegarias fuesen cosa de los rabinos y sus fieles seguidores. Era de lo que se denominaba «judío de tres días al año». Su práctica religiosa se reducía a festejar la Pascua judía, el Nuevo año judío y el Día de la Expiación, y solo había acudido a la sinagoga para la ceremonia de circuncisión y Bar Mitzvah de sus dos hijos o para contraer matrimonio. Incluso se había planteado prescindir del Bar Mitzvah de su hijo Carlos, y más cuando este manifestó su poco interés en ello. Fue Teresa quien insistió. David pensó que no tenía ninguna razón para oponerse a aquel acto simbólico, por el que los muchachos alcanzan su madurez frente a la comunidad. Además, pensaba que el rabino Güdemann podía ser una buena influencia para su hijo. Era un buen hombre, de gran cultura, contrario al nacionalismo y al sionismo, y abogaba, como él, por la

integración de los judíos en el sistema multinacional austrohúngaro. Tenía que convencer a Carlos de que acudiese a la sinagoga. Quizá aquel hombre pudiera centrar a su hijo, que se estaba descarriando y con el que no sabía qué hacer. Había fallado con Theodor y ahora no quería que Carlos fuese un nuevo fracaso.

Los hombres entraron en el templo con su kipá y las mujeres con el cabello cubierto. La sala ovalada de oración se asemejaba a un teatro y doce columnas jónicas soportaban la galería de las mujeres. El santuario de la Torá esperaba al joven que se convertiría en hombre a ojos de la comunidad judía. Días antes, Carlos había aprendido a colocarse el tefilín y entró, vanidoso, ajustándolo por encima de la frente y atado al brazo, y cubierto con el talit que le habían regalado sus abuelos. Él era el protagonista y nadie le arrebataría ese momento de gloria. En su avance hacia la tarima, una imagen de preocupación apareció en su rostro, cuando pensó en sus compañeros de fechorías, pero consiguió apartarlo de sus pensamientos.

A pesar de la falta de entendimiento con su hijo y la preocupación que le generaba, David no pudo dejar de sentirse orgulloso de su vástago. Se había convertido ya en adulto, aunque todavía lo viese como un niño malcriado por su madre. Con su traje y su atuendo ceremonial tenía prestancia. Casi le alcanzaba en altura y, quizá, era hora ya de sentarse a hablar con él. Debía tener paciencia y aceptar que los hijos no siempre siguen los dictados de los padres y, a veces, no son ellos los equivocados, como a él le enseñaron en la sociedad inmovilista en la que vivió su juventud, en la que ningún hijo se habría atrevido a enfrentarse o a discutir con su padre. Le acompañó en la subida a la *tevá* para leer los fragmentos de la Torá elegidos, recitados en ese idioma hebreo que tanto padre como hijo desconocían. Hacía años que

David, en las ceremonias a las que tenía que asistir, se limitaba a recitar unas palabras cuyo significado había olvidado. El padre bendijo a su hijo en presencia del rabino y siguió la ceremonia, mientras las mujeres, desde su sitio privilegiado en las alturas, contemplaban el acto sin parar de cuchichear.

A la salida todo eran felicitaciones y algarabía. Carlos estaba dichoso y aceptó el abrazo de sus hermanos y el beso que Gerty le dio en la mejilla. Luego se desplazaron todos hacia la casa de la Reichstratsstrasse, donde amigos y familiares celebrarían el acontecimiento.

Judíos y gentiles se encontraron sin problema alguno en la fiesta. Amigos de todos los estamentos —militares, aristócratas, empresarios, profesionales liberales— se personaron allí para felicitar a Carlos y a los padres. Teresa se volcó en la fiesta y reñía o increpaba a la gente del servicio, si los invitados no eran servidos de forma inmediata. Carlos se había limitado a invitar a amigos judíos y que no tuviesen contacto con la escuela, lo cual extrañó a su madre.

Gerty contempló a su padre. Estaba muy elegante con su frac negro. A sus cuarenta y siete años seguía siendo un hombre atractivo, con aquellos ojos azules que sus dos hermanos habían heredado, el cabello corto que empezaba a clarear, su bigote espeso algo curvado en las puntas y rostro de patillas amplias y pobladas. Ella, por el contrario, no se asemejaba en nada a sus padres ni a sus hermanos. Sus facciones y el color del pelo y los ojos, oscuros, procedían con seguridad de su abuelo paterno y sus ancestros magiares.

Junto a su padre se encontraban industriales de la piel, a los que ella había visto en casa. Cuando esos hombres venían, se encerraban en el salón y fumaban gruesos cigarros, de los que

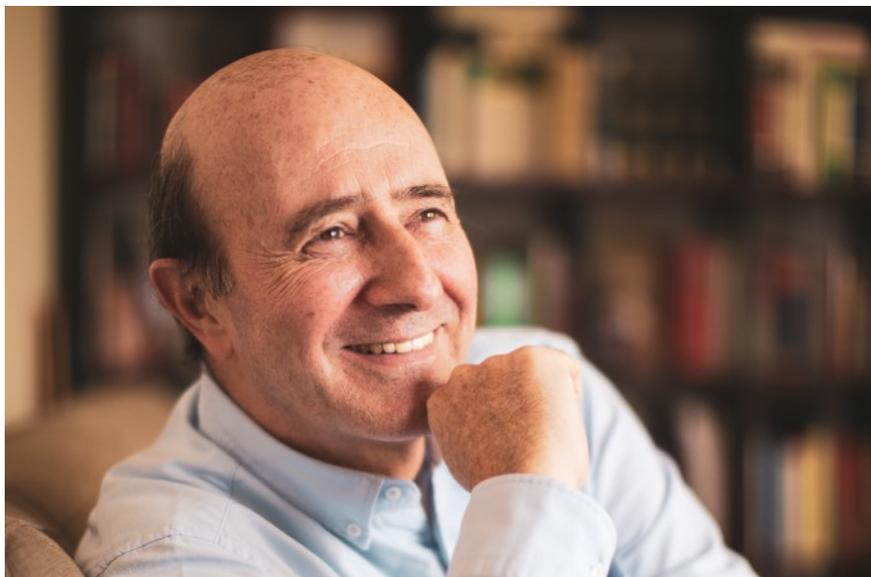
David prescindía, aunque les dejaba satisfacer sus vicios mundanos. Escuchaban embelesados e interesados los avances de David Csonka en la industria de curtido de pieles. Este había sido uno de los primeros del mundo que se dedicó a la curtición al cromo en su fábrica de Ujpest, y sus investigaciones y continuas innovaciones le habían dado una merecida fama, pues aceleraba y abarataba los procesos de curtición. David era invitado a dar conferencias por distintos países y él siempre estaba dispuesto, aunque ello implicase tener que abandonar a la familia más de lo deseado.

El público de las charlas en el salón de su casa no estaba compuesto solo de empresarios, porque casi siempre había una espectadora de excepción. Hacía años que Gerty había descubierto que podía escuchar las conversaciones desde un habitáculo disimulado donde no la podían ver. Allí permanecía quieta y en silencio. Escuchaba muchas veces sin entender, pero a fuerza de oírlos repetir las mismas explicaciones empezaba a comprender algunas cosas relacionadas con la empresa de su padre. Un día, unos lápices que llevaba en el bolsillo del vestido se le cayeron por descuido y el ruido sobre la madera del suelo hizo que las conversaciones cesasen. Gerty no supo qué hacer y al final optó por salir de su escondrijo y dirigirse a la escalera que accedía a su habitación. En ese momento, su padre abrió la puerta del salón y pudo ver la huida de su hija. Ella se giró, lo miró preocupada y cuál fue su sorpresa cuando en el rostro de su padre apareció una sonrisa. Ella esperó en su cuarto, preocupada por si recibía algún castigo por su intromisión. David entró poco después, se sentó en la cama junto a su hija y le acarició el cabello.

—Si algún día, tras las conversaciones que escuches, no entiendes algo, no dudes en preguntármelo. Me encantará que lo sepas todo.

A partir de entonces, Gerty se sentaba tranquilamente a escuchar, aunque a veces tenía que enredar y dar excusas a la señora Templeton para que no la descubriese. Su padre, consciente de que no solo tenía los interlocutores que se sentaban frente a él, sino también una curiosa jovencita, intentaba hacer sus explicaciones sencillas y claras, lo que hacía que muchos de los empresarios se lo agradeciesen. Esas charlas permearon durante años en Gerty y fueron el sedimento de muchas de sus inquietudes y de su constante ansia de saber.

Acerca del autor



Pedro L. Yúfera (Barcelona, 1957) es licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid.

Decano emérito del Colegio de la Abogacía de Barcelona. Profesor de Derecho Civil y de Arbitraje, ha impartido conferencias en más de 20 países sobre temas jurídicos diversos.

Pero su gran pasión, además del ejercicio de la abogacía, es la historia y la literatura. Esta es su tercera novela tras el éxito de las dos anteriores: *El milagro de las abejas* y *El último rey de Tenerife*.